

GUILLERMO TOVAR DE TERESA. *El Pegaso, o el Mundo Barroco Novohispano en el siglo XVII*, 4ta. edición, 2006.

Recibido el 13 de julio de 2015; aceptado el 19 de enero de 2015

En el siglo XX mexicano hay tres ensayos fundamentales para entender, o al menos ponderar, la esencia nacional: *El perfil del hombre y la cultura en México* (1934), de Samuel Ramos; *El laberinto de la soledad* (1950), de Octavio Paz; y *El Pegaso* de Guillermo Tovar de Teresa. Además, admirablemente espaciados entre ellos e indisolublemente unidos: Paz lee a Ramos de la misma manera que Tovar a Paz. Una visión panorámica del pensamiento ontológico mexicano no puede prescindir de ninguno de estos tres estudios fundacionales.

En el segundo milenio aparece esta cuarta edición —al parecer, ya definitiva— de *El Pegaso* (2006), donde el autor retoma, amplía y acumula nuevas reflexiones y atisbos, realizada por la espléndida editorial sevillana Renacimiento (la primera fue en *Vuelta* en 1984,¹ una segunda en 1986 y una tercera en 1993),² lo cual me permite hoy releerlo con aumentado placer y provecho, y no sólo por las novedosas ideas contenidas en esta reedición, sino porque el lector mismo se ha nutrido más y entiende mejor las alusiones y conceptos que cuando llegó a México como “gachupín insular” de la otrora Feliz y Siempre Fiel Isla de Cuba, con un conocimiento bastante epidérmico de esa compleja y fascinante entidad que es “lo mexicano”, que tanto impacta de entrada a los no nacidos en esta tierra cuando enfrentan la enriquecedora experiencia personal mexicana (por ejemplo, Pedro Henríquez Ureña). Los nativos, inmersos desde su mismo origen en este diversísimo escenario, no alcanzan muchas veces, por la fuerza de lo cotidiano, para percibir cabalmente en su más amplia riqueza de matices y tonos, esa profunda y compleja condición histórica y cultural. Esta posibilidad de lectura renovada de este libro lo eleva y confirma en esa difícil categoría que es la de ser ya un clásico, además, contrariamente a lo usual, en vida del autor. Si obviáramos —tarea imposible— el resto de sus muchas obras, con ésta ya tiene bien asegurado Tovar su lugar de honor en el Parnaso mexicano.

¹ “Pegaso, emblema de Nueva España”, *Vuelta*, núm. 86, enero, pp. 26-31, 1984.

² Cecilia Noriega Elío (ed.), *VII Coloquio de Antropología e Historia Regionales. El nacionalismo en México*, El Colegio de Michoacán, México, pp. 671-689, 1992. Hay una tercera edición, quizá la más conocida: México, *Vuelta-Heliópolis*, 1993, 99 pp. En realidad, esta que comento es la cuarta y no la tercera, como dice Tovar (núm. 3, p. 58).

Las reiteradas oportunidades en que el autor, como puede apreciarse, ha regresado al tema, indican la persistencia de sus obsesiones reflexivas, pero además una asombrosa coherencia, pues en lo sustancial, sus conceptos no han variado pero sí se han enriquecido. Esa admirable fijeza indica la más completa y coherente entrega intelectual de su autor para hurgar en el tema de “lo mexicano”, ya sea cuando estudie a Los Lagartos, la Ciudad de México, las artes novohispanas y cuanto tema ha fecundado con su investigación y reflexión. *El Pegaso* es la suma y síntesis de su amor por lo mexicano, pero no es un amor incondicional ni ciego, sino crítico y perspicaz, que en ocasiones ronda con el “odio amoroso” por las dolorosas verdades que desliza entre sus páginas.

Es un hecho revelador que entre la primera y la segunda escritura de su *Pegaso* ocurren los formidables sismos de septiembre de 1985, que azotaron con furia destructora la Ciudad de México y otras regiones del país, esparciendo un sentimiento generalizado de zozobra y orfandad. En esos días aciagos el joven Tovar, de escasos 29 años, anduvo entre las ruinas de la ciudad amada, asistiendo a los necesitados y, cual nuevo Carlos de Sigüenza y Góngora, su antecesor como cronista en el siglo XVII, procurando salvar lo salvable en medio del cataclismo y al mismo tiempo brindando consuelo y alimento a los aterrados sobrevivientes de los terremotos. Estoy convencido que la terrible experiencia marcó su sensibilidad, y que las muestras de ejemplar solidaridad que espontáneamente agruparon a la ciudadanía en su propia defensa comunal, ante una autoridad considerada por muchos como indolente pues al parecer nunca se percató suficientemente de la magnitud de la tragedia, desató los mecanismos mentales que le permitieron sumergirse en las profundidades del alma mexicana, casi tocada de muerte por la abrumadora experiencia que conmovió no sólo los cimientos físicos sino también sociales de la comunidad. Thanatos movió esta vez su pluma para una segunda versión dos años después, más amplia, de la original. Esta obra suya, surgida en tales circunstancias, fue exorcismo, pero también eucaristía.

Leí la primera versión del “Pegaso” en las precarias condiciones que impone un sistema totalitario (donde “todo lo que no está prohibido es obligatorio”), como la dictadura que padece Cuba por más de 50 años, el mismo año 1984 de su publicación, en un ejemplar de la vetadísima revista *Vuelta* que la habilidad de un amigo salvó de la suspicacia inquisitorial de las aduanas isleñas. Esto demuestra una vez más la inutilidad de los esfuerzos de los censores para alcanzar sus designios: la luz escapa por cualquier hendidura. Ocultándome para leerla, devoré las páginas y traté de seguir el vuelo desatado y provocador de aquel “Pegaso” mexicano. Hoy, ya como un mexicano más y en condiciones de libertad, me reafirmo en mi convicción

inicial de asombro y admiración por este texto capital, que vuelve a llegar a mis manos, renovado y aún más buido.

Para esta nueva aparición, lo que comenzó siendo un virtuoso solo, ahora deviene en *sinfonía* polifónica, con tres *oberturas* y dos *codas*: los tres documentados y esclarecedores estudios introductorios de los acreditados especialistas David Brading, José Pascual Buxó y Jacques Lafaye,³ que desde distintas perspectivas y ángulos así como diversos y complementarios escenarios referenciales lo comentan y valoran, y las dos conversaciones que el autor sostiene respectivamente con la historiadora Guadalupe Lozada León y la poetisa y ensayista Verónica Volkow. El texto nuclear, precedido por una introducción y cerrado por unas conclusiones, tiene seis capítulos, que formarían los diversos tiempos de esta auténtica sinfonía de ideas.

Tovar toma como válido pretexto para una reflexión múltiple y trascendente la escultura original del Pegaso, cuyo autor nos es desconocido hasta ahora, que se encontraba rematando en 1625 la fuente octogonal del patio principal del otrora Palacio de los Virreyes de la Nueva España y hoy, muy remodelado, Palacio Nacional de la República, en la Plaza de la Constitución (no sé todavía por qué la tenaz insistencia generalizada en llamarla morunamente “zócalo”), para elaborar una profunda y jugosa cavilación sobre la psicología novohispana y por ende, a la larga, mexicana. Así pues, un libro de tan amplia importancia como éste, tiene la virtud de propiciar y estimular el diálogo, el cual puede ser de afirmaciones, dubitaciones y, por qué no, de anticipaciones que continúan este dilatado proceso y prepara el camino para los futuros ensayos sobre la mexicanidad del siglo XXI. Y es que Tovar, con este trabajo en particular y con todos sus otros empeños en general, se inscribe en la gloriosa tradición multicenteneraria que él mismo reseña en su libro, sin percatarse plenamente de ello, objeto él mismo de su estudio, por una suerte de prodigio especular (*especularum* es raíz de *especulatio*, reflejarse a sí mismo, portentoso Narciso, y a la vez, por enfrentamiento, de *laberinto*), desde antes de Eguiara y Eguren hasta acá en estos inciertos y tenebrosos tiempos contemporáneos, de los *amasadores de la mexicanidad*. Puedo decir, además, que son muy pocos los libros que he podido disfrutar más provocadores que éste: en muchas ocasiones, place; en algunas otras, puede irritar; pero siempre enseña.

El autor mismo ha evolucionado con su obra. Jovencísimo Sócrates (no olvidar que cuando aparece en el ruedo por primera vez su “Pegaso”, Tovar

³ Por cierto, según la editorial, ordenados alfabéticamente por sus autores, pasando por alto que “Pascual” es en este caso apellido, no nombre.

tiene escasos 28 años,⁴ insólita edad para un historiador ya desde antes acreditado y mucho más cuando se trata de un *filósofo de la Historia*), ahora, atemperado por su madurez cincuentera, privilegia la implacable revisión de todo lo antes establecido como vía de mejor probanza para llegar, si no a La Verdad, tarea de un nuevo Sísifo, al menos a una serie de difíciles “verdades” particulares. Y esto lo hace con arte tal, con tamaño despliegue de implícita mayéutica, que no abruma al lector, a quien prefiere ahorrar las aturdidoras notas al pie, las cuales, si bien pueden otorgar un artificioso relumbrón de sapiencia, estorban el trenzado y anudamiento del hilo de los pensamientos, a la misma manera de su maestro Octavio Paz, quien tampoco gustaba de esta floresta académica en el subsuelo de sus páginas.

Todo lo dicho anteriormente, de tal suerte y proporción, que este nuevo “Pegaso” de Guillermo Tovar, renacido en esta más reciente floración, se propone como verdadero *libro de texto* para aquellos realmente interesados en explorar el alma mexicana y sus más ocultos —y ocultados— pliegues. Ojalá los académicos perciban el valor intrínseco de esta obra y no duden en recomendarla a sus discípulos como un excelente ejercicio de introspección y revelamiento.

No se puede entender el “Pegaso” de Tovar sin tener en cuenta el sustento de su visión. Como auténtico Historiador, y no como muchos otros que hacen “historias”, Tovar encauza su mirada a través de una filosofía que le nutre y en este caso es la del muy injustamente hoy olvidado y desconocido por numerosos “especialistas”, Paul Diel (Viena, 1893-París, 1972), quien como filósofo resultó influido por Kant y Spinoza, y como psicólogo, vinculado con Freud, Jung y Adler; fue fundador de la Psicología de la Motivación, y trabajó con enorme provecho y dedicación el simbolismo en la mitología griega y los textos bíblicos. Por sus múltiples contribuciones, recibió cálidos elogios lo mismo de Albert Einstein que de Gastón Bachelard. Su aporte historiográfico fundamental fue tratar de rehabilitar la introspección como instrumento de análisis, lo cual denominó como psicología ética.⁵ Jacques Lafaye hace una semblanza muy completa sobre este pensador, con el valor añadido de la experiencia personal, en el estudio que aparece en el volumen, y señala que su mayor contribución fue actualizar la mitología clásica a la luz del psicoanálisis moderno. Apoyado sobre este basamento teórico, Tovar emprende la labor de esa difícil *arqueología*

⁴ Nada asombroso en realidad, para un personaje que a los 12 años de edad fue nombrado como Asesor de la Presidencia de la República... A la vista de su obra durante cinco décadas de fructífera vida, sólo queda reconocer que el “niño prodigio” no se malogró...

⁵ Por fortuna, está editado entre nosotros: en el Fondo de Cultura Económica han aparecido *Psicoanálisis de la divinidad, Los símbolos en la Biblia y Dios y la divinidad*.

espiritual del mexicano, tomando como motivo inspirador una escultura estratégicamente ubicada como expresión de una voluntad de representación nada casual: el Pegaso de la fuente de Palacio Nacional.

Debo advertir que procuraré en este comentario evadir la tentadora glosa de la obra, pues entiendo y advierto que resulta insustituible su lectura cabal para asimilar el profundo conocimiento que reúne.

La historia del monumento es tan azarosa como la de la ciudad que ennoblece. Fue mandada a colocar por el Virrey Rodrigo Pacheco y Osorio, Marqués de Cerralvo, en 1625, como parte del trabajo de reconstrucción del Palacio después de los destrozos ocasionados por el Motín de 1624, en la misma época cuando estallaron las diferencias entre el Virrey Diego Carrillo de Mendoza y Pimentel, Marqués de Gelves, y el Arzobispo Juan Pérez de la Serna, que alcanzaron su punto más álgido con la excomunión del primero por el segundo. Aparece, pues, y esto es muy importante para no pasarlo por alto, en un momento histórico especialmente difícil y de mucha inquietud social y política. Desde su primera mención como “una fuente con un caballo de bronce”,⁶ hasta la apuntada, ya reconocido “el caballo” como Pegaso, por el Bachiller Juan de Viera en su obra *Compendiosa narración de la ciudad de México* (escrita en 1777, pero editada por Gonzalo Obregón hasta 1952), la escultura —al parecer según los testimonios ya muy dañada y con numerosos y feos afeites— fue retirada en 1792 para ser sustituida por una Fama alada. En la década de los setenta del siglo XX y como resultado de las importantes transformaciones de que fue objeto el Palacio Nacional, se quiso recuperar el “Pegaso”, lo cual dio origen a diversas opiniones.⁷ El actual Pegaso (1975) que ostenta la fuente es obra del escultor Humberto Peraza y Ojeda.

La época de su emplazamiento inicial estuvo marcada por la inquietud social, la inestabilidad política y la actuación de personajes muy diversos y hasta legendarios, como fueron el célebre aventurero de origen irlandés Guillén de Lampart (o William Lampart), sujeto novelesco y en varios sentidos anticipador,⁸ y el cosmógrafo real Enrico Martínez,⁹ diestro en obras

⁶ Isidro Sariñana y Cuenca, *El llanto de Occidente en el ocaso del más claro Sol de las España*, México, 1666.

⁷ Vid. Manuel González Galván, “La fuente de Palacio Nacional”, en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, núm. 43, UNAM, México, pp. 121-126, 1974.

⁸ Vicente Riva Palacio escribió sobre él su novela histórica *Memorias de un impostor, Guillén de Lampart, Rey de México* (1872), y además, considerado como precursor de la independencia nacional, en el interior del Monumento a la Independencia se encuentra su escultura.

⁹ Existen varias propuestas para su nombre verdadero y origen; se considera que pudo llamarse Henri Martin y ser alemán o francés.

civiles como la construcción de acueductos y otras tareas de desecación, pero también en prácticas de “astrología judiciaria” algo heterodoxas y hasta heréticas para la fe de esos tiempos. La Nueva España era entonces un territorio fértil lo mismo para los delirios de un audaz aventurero como Lampart, que los de un astrólogo iluminado como Martínez.

Según algunos historiadores como José Manuel Villalpando y Alejandro Rosas, este Pegaso fue considerado incluso, aunque brevemente, símbolo nacional en lugar del águila tradicional:

Llevado por su espíritu modernizador, enemigo de todo lo que hiciera referencia al pasado, el virrey Palafox ordenó cambiar el escudo mexicano, que mostraba a un águila devorando una serpiente sobre un nopal, y lo sustituyó por la imagen de un pegaso, caballo alado que, según él, representaría el anhelo de los novohispanos por llegar al cielo. Por supuesto, a los pocos años, se regresó al viejo y tradicional escudo de armas de México.¹⁰

Posiblemente la idea para este cambio ordenado por el Virrey Palafox, provino del Pegaso emplazado en el patio del Palacio de los Virreyes, desde unos años antes.

Quizá no sea un hecho tan fortuito que la zona del centro de la Ciudad de México ha sido un campo habitual para el despliegue de los Pegasos. Cuando el Presidente Porfirio Díaz concibió la idea de construir el Palacio de las Bellas Artes, encomendado al arquitecto Mario Pani, éste encargó al entonces famoso escultor español Agustín Querol y Subirats (1860-1909) un conjunto de cuatro grupos escultóricos con Pegasos para ser colocados en los ángulos de la magna obra. Sin embargo, al estallar la Revolución, las obras de Bellas Artes quedaron interrumpidas, pero las esculturas encargadas llegaron y fueron colocadas en los ángulos de la Plaza de la Constitución, en una muy agradable y hermosa disposición conjuntada con árboles y arriates, como se aprecia en las imágenes de la época. Pero cuando en el periodo del Presidente sustituto General Abelardo Luján Rodríguez se reanudaron y culminaron las obras del Palacio de Bellas Artes, fueron finalmente ubicados en su emplazamiento actual, correspondiendo al propósito original. El probable modelo de estas obras es el grupo de “La Gloria y los Pegasos” que realizó Querol para el remate del Ministerio de Fomento (hoy Ministerio de Agricultura) de España, en Madrid (1897). A diferencia de su antecesor en la fuente virreinal, estos Pegasos de Querol en su concepción misma tenían un propósito predominantemente decorativo, ajeno a cualquier impli-

¹⁰ José Manuel Villalpando y Alejandro Rosas, *Historia de México a través de sus gobernantes*, Editorial Planeta, México, p. 57, 2010.

cación simbólica. Sin embargo, el Pegaso está tan indisolublemente vinculado con el destino mexicano, que además de señorear la fuente palaciega, en otra época de florecimiento después de la catarsis colectiva que resultó la guerra civil revolucionaria, se vio reproducido casi como un ente protector: a semejanza de los leones alados que custodiaban la entrada del gran palacio de Persépolis, o las esfinges dispuestas a ambos lados de la calzada de acceso al Templo de Karnak, así fueron colocados en las cuatro puntas de la Plaza de la Constitución, corazón y entraña más profunda e íntima del país, otros tantos caballos alados que más tarde en los avatares urbanos sacudidos por la política y por decisión de una atinada justicia retributiva, fueron trasladados y hoy velan las esquinas de la gran casa del arte de México. La interpretación y aplicación del Pegaso como símbolo de renovación en México llega hasta nuestros días y aún es parte de los más intensos y confrontativos vaivenes políticos.¹¹

El momento cuando se emplaza la fuente con el Pegaso original (1625) a raíz de la pavorosa sublevación popular del año anterior, refuerza la propuesta de que se trata de un monumento con una ostensible y manifiesta intención simbólica. Si bien es cierto que el caballo alado está vinculado con la figura del Perseo y la Gorgona, y que el guerrero puede representar a Hernán Cortés y el monstruo a la barbarie de una atemorizante Gorgona-Coatlícue, el pensamiento simbólico prefirió adoptar lo que resulta del enfrentamiento de ambos: de la sangre del monstruo, paralizante y terrible, derramada por la valerosa habilidad de Perseo, brota el Pegaso, ser aéreo, fruto de vida surgido de la muerte. Es decir, necesita morir para renacer: el sacrificio ineludible como superación útil. Se orilla de esta forma la antítesis para arribar a la síntesis; en términos hegelianos, se soslaya la unidad y enfrentamiento de contrarios para privilegiar los cambios cuantitativos en cualitativos y coronar el proceso de transmutación con una perfecta negación dialéctica, diría con ingenuidad un neófito, pero no carente de cierta razón. Aunque de orígenes encontrados, por el enfrentamiento doloroso, se planta el germen de una conciliación nacional. Y eso es lo que los gobernantes ilustrados de la Nueva España buscaron mostrar con el Pegaso sobre la fuente ubicado en el corazón mismo del dominio novohispano, como su emblema representativo y además un programa de vida, individual y colectiva. Y puede ser también hoy, un modelo para los que rigen los destinos mexicanos: al reconocer la diversidad y enfrentar la polaridad, puede obtenerse no sólo un espejo sino una vía de superación y destino.

¹¹ En 2005, en plena campaña por la presidencia de la República, el escultor Antonio de la Rosa creó un “Pegaso de Troya de Huacales” para apoyar las pretensiones de algún candidato y fue paseado por la Plaza de la Constitución.

No es insólito que tanto para Sigüenza y Góngora y a Tovar y de Teresa, como a muchos más, esta figura alada y cuadrúpeda le resulte atractiva, pues el Pegaso es una figura mitológica que ha despertado siempre atención en los eruditos, por su complejidad y significados. Los atinados y eruditos comentaristas del texto de Tovar (Brading, Lafaye y Pascual) ya lo ponderaron en función de la rica literatura emblemática de la época y en sus relaciones culturales, históricas y literarias, con gran provecho. Sin embargo, sólo para añadir como asunto colateral y quizá prescindible ubicado en otros contextos y fuentes, añadiré, por ejemplo, al controvertido Fulcanelli (quienquiera haya sido este enigmático personaje, más cercano a la actualidad en ciertos círculos esotéricos), señalaba en su famoso *El misterio de las catedrales*:

El corcel, símbolo de rapidez y de ligereza, representa la sustancia espiritosa (*sic*); el caballero indica la ponderabilidad del cuerpo metálico grosero. A cada cohobación,¹² el caballo derriba a su jinete, lo volátil abandona lo fijo (...) La absorción de lo fijo por lo volátil se efectúa lenta y trabajosamente. Para lograrla, hay que tener mucha paciencia y mucha perseverancia y repetir a menudo la afusión del agua sobre la tierra, del espíritu sobre el cuerpo (...) El corcel de Notre-Dame es igual al *Pegaso* alado de la fábula (raíz: *fuate*). Como él, arroja al suelo a sus jinetes, llámense Perseo o Belerofonte. Es él quien transporta a *Perseo* por los aires hasta la morada de las *Hespérides*, y hace brotar, de una coza, la fuente *Hipocrene* en el monte Helicón, fuente que, según se dice, fue descubierta por *Cadmo*.¹³

Este hermetista contemporáneo se refirió en otro pasaje de su libro a una relación que resulta interesante, muy afín con el tema de Tovar:

El mito de Tristán de Leonís es copia del de Teseo. Tristán mata en combate a *Morlot*; Teseo al *Minotauro*. Aquí encontramos de nuevo el jeroglífico del León Verde —de ahí el nombre de *Léonois* o *Léonnais* llevado por Tristán—, que nos enseña Basilio Valentin, en forma de lucha de dos campeones: el *águila* y el *dragón*. Este combate singular de los cuerpos químicos cuya combinación produce el disolvente secreto (y el vaso del compuesto), ha dado tema a una gran cantidad de fábulas profanas y de alegorías religiosas. Es Cadmo clavando la serpiente en un roble; Apolo, matando con sus flechas al

¹² *Cohobación* es un procedimiento de destilación alquímica donde se repite varias veces el proceso y se reincorpora a la sustancia destilada sus propios destilados. Es un proceso, pues, de depuración y concentración. Nota de AGA.

¹³ Fulcanelli, *El misterio de las catedrales*, Barcelona, Plaza y Janés, 1a. edición: 1925, pp. 115-116, 1970.

monstruo Pitón, y Jasón, matando al dragón de Cólquida; Horus, combatiendo al Tifón del mito osiriano; Hércules, cortando las cabezas de la Hidra, y Perseo de la Gorgona; San Miguel, San Jorge y San Marcelo, abatiendo al dragón, copias cristianas de Perseo, montando en el Caballo Pegaso y matando al monstruo guardián de Andrómeda; es, también, el combate de la zorra y el gallo, del que hemos hablado al describir los medallones de París; es el del alquimista y el dragón (Cyliani), de la rémora y la salamandra (de Cyrano de Bergerac), de la serpiente roja y la serpiente verde, etc.¹⁴

Obviamente, los constructores originales de la Fuente del Pegaso, no conocieron a Fulcanelli si es que realmente existió alguien con ese nombre, pero sí la rica literatura emblemática que gozaba de gran difusión entre los sectores ilustrados de la época. Y esas lecturas las acumula Tovar con prolijidad en su texto.

Con la ayuda de Diel, Tovar desmonta el entramado de sucesos y personajes de nuestro pasado y hace descender de los altares a los actores de la historia, los re-humaniza, despojándolos de los afeites y disfraces que la historiografía *ad usum* se ha encargado de acumular sobre ellos, distorsionándolos, y lo peor, *distorsionándonoslos*. Pero, mucho más importante aún que el análisis de los actores, Tovar emprende la empeñosa tarea de realizar el *psicoanálisis de una nación* en su mismo devenir fundacional. El filósofo hace una labor de deconstrucción del retablo catedralicio y consagradorio de la Historia, guarnecido por hermosas pero también engañosas columnas estípites, y lo rearma en forma de otro retablo, pero éste “de las maravillas de Maese Pedro”. A través de su lente percibimos esa “Corte de los Milagros” novohispana que durante tanto tiempo se nos ha hurtado.

Debo insistir que en cierto modo Guillermo Tovar realiza con el “Pegaso” una decodificación semejante a la que hizo el ya antes mencionado enigmático Fulcanelli¹⁵ en *El misterio de las catedrales*, pues establece relaciones insospechadas entre símbolos materiales y trasuntos mentales, reproduciendo arquetipos universales del inconsciente colectivo, en torno a puntos nodales de nuestra identidad. Pero, ¿por qué precisamente fue la constelación de “El Pegaso” la escogida simbólicamente para la representación de esta entidad citadina?

¹⁴ *Ibidem*, p. 168.

¹⁵ No hay todavía acuerdo pleno sobre la identidad de este autor, pues los indicios aportados hasta ahora apuntan que se trata de una persona encubierta, sin precisar sus motivaciones. Si fue una broma, como algunos sospechan con fundadas razones, no hay duda que se trató de una persona conocedora de numerosos textos sobre el tema, y propietario de una prosa atractiva y pensamientos sugerentes.

Don José de la Herrán,¹⁶ el gran astrónomo y divulgador científico mexicano, gentilísimamente y por mi expresa solicitud, me informó que la estrella principal o Alfa de la constelación del Pegaso¹⁷ es MARKAB y considerando que el cenit es la vertical del lugar proyectada hacia el cielo, y que la latitud del Centro de la Ciudad de México, donde se encuentra el Palacio de Gobierno, es de 19.5 grados Norte, determina que siendo la declinación de MARKAB de 15.25 grados Norte, por tanto pasa *diariamente* a 4.5 grados al Sur del Centro de la Ciudad de México, a diferente hora. MARKAB, la estrella alfa de la constelación, cruza exactamente al mediodía por el meridiano de la Ciudad de México el 24 de marzo y la variación de la declinación de la misma en 400 años es de menos de tres minutos de arco, por lo que no es medible a simple vista. Esta información del reputado especialista confirma la idea de que la constelación del Pegaso es habitual y sobresaliente en el firmamento mexicano y perceptible a simple vista por los observadores. Mucho antes, y con instrumentos rudimentarios, como se cita amplia y detalladamente en el texto, Enrico Martínez había llegado a semejante conclusión.

Ahora bien, el 24 de marzo, cuando sobre la Ciudad de México aparece con todo su esplendor la constelación de Pegaso, es el día que la Iglesia Católica ha consagrado al poderoso Arcángel San Gabriel, cuyo nombre en hebreo significa “la fuerza de Dios”. El día se escogió porque precede al de la Anunciación (25 de marzo), cuando precisamente Gabriel informa a la Virgen María haber sido fecundada por obra y gracia del Espíritu Santo para parir al Salvador del Hombre. Gabriel se asocia en la hermética al color azul, al cardinal Oeste y al elemento Agua y posee un caballo, a semejanza del Pegaso, llamado Haizum. A él se le atribuye también la destrucción de Sodoma, pero ante todo es un “ángel de misericordia” y no de juicio (como sería Miguel). Ante semejante cúmulo de asociaciones cuya pertinencia es evidente para el caso de México, cabe preguntarse: ¿habrán tenido también en cuenta además de los ya mencionados estos elementos simbólicos insertados en la astronomía y la astrología de la época, los constructores de la fuente del alado caballo en el Patio del Palacio de los Virreyes en 1625? Lo astronómicamente perceptible era que cada 24 de marzo brillaba perfecta-

¹⁶ Además, mucho me gustaría conocer, pero todavía no ha sido posible a pesar de mis búsquedas, la conferencia de Ricardo Pedraza titulada “La carta astral de la Ciudad de México (siglos XVI-XVII)”, dictada el 13 de octubre de 2007, organizada por la Dirección General de Divulgación de la Ciencia de la UNAM.

¹⁷ “El Pegaso” o “El Caballo alado” es una de las 88 constelaciones modernas y una de las 48 descritas por Ptolomeo. Se le relaciona astrológicamente con Acuario, por el elemento acuoso.

mente vertical sobre el centro de la Ciudad de México, el cuadrado astral que reproducía el trazado de la ciudad novohispana, renacida de las ruinas humeantes de la capital azteca: lo de arriba se corresponde con lo de abajo, calco fiel y en escala mayor, urbana, de todo un proyecto utópico.¹⁸

La misma condición de Perseo, vinculada con lo mexicano, presenta elementos de gran interés: Pegaso y su jinete Perseo fueron figuras sumamente populares en la emblemática de inspiración neoplatónica y alejandrina. El segundo está asociado con Belerofonte (Buraq entre los islámicos), vencedor de las amazonas y matador de la Quimera, quien encarna el defecto de la ambición excesiva o *hybris*, porque cuando éste consigue por fin cabalgar al Pegaso, lo obliga a llevarlo al Olimpo para convertirse en dios, pero Zeus le envía un mosquito, el cual muerde en el lomo a la bestia de tal suerte que ésta se encabrita y precipita a su jinete, quien queda descalabrado, lisiado y con una vida lastimera recordando su gloria pasada. Según otras fuentes clásicas, Perseo nunca cabalgó el Pegaso, pues volaba con unas sandalias aladas obsequio de Hermes-Mercurio. Por otra parte, al Pegaso se le considera el creador de la Fuente Hipocrene, en el Monte Helicón, lo cual se puede asociar y así lo hacen Enrico Martínez, Sigüenza y Góngora y Tovar de Teresa, con una urbe lacustre como la antigua ciudad de México-Tenochtitlan. Mechico=Fuente=Castalia.

Pero lo anterior no es todo. La constelación de “El Pegaso”, conocida desde muy antigua fecha, y siempre atrajo especialmente la atención de los astrónomos. Con sus medios más sencillos, a simple vista, apreciaron que estaba formada por cuatro estrellas: Markab o Silla de montar (vinculada con la figura de “El Caballero”), Alpheratz o El ombligo (“El Rey”), Algenib o El ala (“La Comunidad”) y Sirah o La mano derecha (“La Iglesia”), y en su conjunto forman un cuadrado perfecto, considerado el más brillante del firmamento. En la Edad Media, las estrellas más comentadas eran Markab y Homam (“las estrellas de la fortuna del héroe”, justo encima de “la silla de montar”): esta relación entre astros producía según los eruditos afectos a estas creencias una conjunción especialmente favorable para los guerreros empeñosos. Pero, además, esto se corresponde de manera perfecta y

¹⁸ Tovar ha dedicado uno de sus estudios más memorables a la presencia temprana de las doctrinas humanistas en las tierras del Nuevo Mundo y en especial de la Nueva España, a través del afortunado hallazgo de un ejemplar del *Tratado de arquitectura*, de León Battista Alberti que perteneciera al Virrey Don Antonio de Mendoza, con anotaciones de su mano. Vid. Guillermo Tovar de Teresa, *La Ciudad de México y la utopía en el siglo XVI*, México, Espejo de Obsidiana Editores, 1987. Esto nos remite de igual modo, a los estudios afines de Silvio Zavala dedicado a Vasco de Quiroga como lector de la *Utopía* de Moro, y de Miguel León Portilla a Zumárraga como lector de *Erasmus*.

puntual con las reflexiones de Tovar, cuando menciona la traza de una “ciudad divina” en la tierra. Dentro de las prácticas herméticas donde el macromundo se reproducía como un calco en el micromundo, a través de la “bisagra” que era el Hombre, creación divina y medida de todas las cosas, resulta de interés considerar si quienes decidieron el emplazamiento de la escultura, más allá de su dimensión decorativa, escogieron con plena y profunda conciencia el mito alado como un símbolo alternativo de la ciudad lacustre de México-Tenochtitlan en contraposición del prehispánico anterior aceptado en la iconografía oficial colonial: el Pegaso en batalla con el Águila, y quisieron reproducir abajo lo que reinaba sobre ella en los cielos: el cuadrado perfecto de los astros y su reflejo terrestre en la Plaza Mayor de la ciudad, que así era predestinada para un destino heroico y ejemplar. Una ciudad fundada originalmente por guerreros (los aztecas, dominadores de todos los vecinos durante mucho tiempo, a través de la Triple Alianza), y más tarde conquistada por otros guerreros venidos de muy lejos, tenía un sino sangriento y al mismo tiempo purificador y compromisorio. Donde tantos combatientes habían peleado y fecundado la tierra con su sangre —y la de sus enemigos—, era posible imaginar que fuera la figura de un “caballero” quien resultara su patrono. Y “Caballero” viene de *caballarius*, y se le denominaba así también a “los nacidos bajo la constelación del Pegaso”. Los mexicanos capitalino —y por extensión, toda la Nueva España— serían, pues, los hijos del Pegaso. En la tradición occidental, se consideraba a Perseo como el primer caballero andante del mundo y tenía también un carácter germinativo, pues cuando su caballo Pegaso pega una coza en una piedra, hace brotar la fuente Hipocrene en el Monte Helicón. Todo se ponía dúctilmente a la mano para bordar un nuevo discurso revisionista y estabilizador.

Pero existe otra asociación aún más estrecha entre el Pegaso de la fuente y la ciudad de México. El día de la victoria española en Tenochtitlan fue el 13 de agosto de 1521, fiesta de San Hipólito (Roma, c.170-Cerdeña, c.236), personaje contradictorio que por una parte durante cierto tiempo fue considerado como “antipapa”, y por otra al final terminó siendo incluido en el santoral católico. El teólogo medieval Prudencio lo comparó con el hijo de Teseo, Hipólito, que significa “el que desata los caballos” y es por ello considerado como el santo patrono de los equinos. Entre su voluminosa obra (mucho apócrifa y otra perdida), destaca su “Refutación de todas las herejías”, mal conocida como “Philosopizumena”, todo un tratado de exégesis católica ortodoxa, precursor en cierta medida del famoso y terrible “*Malleus maleficarum*”. Puede ser que también por este lado se pueda ponderar la erección no tan insólita de un caballo alado en la fuente principal del patio

del palaciego recinto de los virreyes novohispanos, en correspondencia con el santo patrono de la ciudad. Lo cierto es que los argumentos se acumulan para reforzar la elección informada y nada casual de un símbolo nacional.

Por todo lo arriba apuntado me atrevo a sugerir al “Pegaso” como la *constelación de la polis*, pues tiene un significado simbólico bastante evidente y profundo en relación con los destinos y modelos apropiados para la urbe que domina desde el firmamento, trasponiendo en ella sus relaciones paradigmáticas y de eficaces y virtuosos equilibrios entre los diversos componentes de la sociedad: el Rey, el Caballero, la Iglesia y la Comunidad involucrados en un propósito común de convivencia y progreso para intentar reproducir una Nueva Jerusalén en la tierra. Supongo que esta posibilidad no habrá escapado a los perspicaces ojos del Marqués de Cerralvo y del Obispo Palafox, el primero emplazando la fuente y el segundo asumiendo la figura como emblema nacional.

Pero esta asociación simbólica pudo venir también desde mucho tiempo atrás, y aunque ciertamente osado, no puede ignorarse como otro posible argumento para la selección del símbolo alado. En su interesante estudio *Descifración de la Piedra del Calendario* (1957), del profesor J. Avilés Solares,¹⁹ se estudia la correspondencia o más bien la diversidad de las constelaciones que consideraron los antiguos astrónomos aztecas en contraposición a la tradición científica euroasiática ptolemaica.

Al hablar de la mesoamericana Constelación del Colotl, parcialmente relacionado con la del “Pegaso”, señala (respeto la tipografía original):

Entre mi asterismo y el del esquema de Sahagún, se presentan diferencias todavía mayores que las especificadas con respecto al Tianquiztli. Son las que paso a detallar.

Las formas del esquema sahguntino son demasiado rígidas: cuerpo, antenas y patas del arácnido son rectilíneos; la cola, es una línea quebrada. En mi asterismo, resultan formas curvilíneas; MÁS ACORDES CON EL ESTILO ARTÍSTICO ABORÍGEN.

La orientación del *Colotl*, para el franciscano, es con las antenas al oriente, como mi propio asterismo; pero la cola del alacrán, en aquél, se enrosca hacia el sur, y en el mío, hacia el norte.

El número de estrellas, es de 26, para Sahagún; quizá como una remembranza de la constelación precedente; mientras que en mi interpretación, únicamente resultan 23.

Considero de poca importancia tales diferencias; pero no así la distinta disposición que le dan al asterismo los señores Castañeda y Mendoza. Ellos

¹⁹ *Descifración de la Piedra del Calendario*, México, 1957.

ponen invertido al *Colotl*: antenas al oeste, cola al oriente y enroscándose hacia el norte.

En mi parecer, la figura real del *Colotl*, como yo la concibo, parecidamente a la del esquema de Sahagún, debe tener estructura similar a la del *Tianquiztli*, análoga también con la del *Cipactli*, según veremos.

Con efecto, al recorrer el *Tonatiuh* dichas constelaciones, entra en ellas como por el lado angosto de un embudo, emergiendo por el ancho. Dado lo armonioso y lógico del pensamiento indígena, no es verosímil que el caso del *Colotl* hiciera excepción; que el *Tonatiuh* entrase en él *au rebours*. Creo, por lo tanto, que el sol debe entrar a dicha constelación por la cola del alacrán y salir por sus fauces: ASÍ OCURRE EN MI ASTERISMO.

Dicho esto, individualicemos sus estrellas.

En el lado boreal del cuerpo, son: *iota*, *theta*, *gamma*, *zeta* y *etha* de *Aquarius*, y *gamma* de *Piscis*.

En el lado austral: partiendo de *iota* de *Aquarius*, (donde se juntan ambos lados y la cola del animal), *tau* y *phi* de *Aquarius* y *chi* de *Piscis*.

En la pata boreal: partiendo de *zea* de *Aquarius*, *theta* y *epsilon* de *Pegasus*.

En la pata austral partiendo de *tau* de *Aquarius*, *delta* y *b.1* del mismo.

En la cola: partiendo de *iota* de *Aquarius*, *delta* y *gamma* de *Capricornus*, y *xi* y *beta* de *Aquarius*.

En las antenas *theta* y *iota* de *Piscis*.

En el centro del cuerpo *lambda*, *chi*, *rho* y *sigma* de *Aquarius*.²⁰

Quizá, teniendo en cuenta lo anterior, al colocar un caballo alado en la fuente virreinal, también se trataba de asociar o amalgamar la cosmogonía europea e indígena, pues parte de la constelación ptolemaica del “Pegaso” se encuentra incluida en la constelación aborigen de “Colotl”, con un sentido también de búsqueda del equilibrio y ansias de trascendencia. La pertinencia de este propósito subyacente puede argumentarse con la cercana aventura indigenista de Guillén de Lampart en una época muy cercana al emplazamiento de la escultura.

Aunque acepto que esta propuesta resulta audaz, creo que no debe ser desechada sin mayor atención, sobre todo por parte de los estudiosos de la cosmografía indígena, pues a fin de cuentas se trataba de levantar un símbolo de conciliación, ya fuera llamado “Pegaso” o “Colotl”, y si bien los que proyectaba, decidían y esculpían el monumento eran españoles o criollos europeos, los humildes operarios que las ejecutaban y llevaban a vías de hecho, eran —o pudieron ser— indígenas. Fundir ambas visiones en una

²⁰ J. Avilés Solano, *Descifración de la Piedra del Calendario*, México, pp. 176-177, 1957.

sería así un logro de amalgamamiento social, cultural y psicológico trascendental.

Debemos, en medio de la fiesta que supone su reaparición, lamentar que *El Pegaso* de Tovar ha recibido escasa atención de la crítica. Esto no dice mal de la obra sino de la época: salvo los tres espléndidos prólogos de la presente edición y sus esclarecedores y aportativos apéndices, apenas ha merecido la opinión de los estudiosos, lo cual podría indicar en primer lugar una cierta “conciencia culpable”, o quizá es el resultado del estupor para muchos de un enfoque tan novedoso sobre tema tan complejo. Sin embargo, en el ya lejano 1994, el escritor Jorge F. Hernández al ponderar el libro en las páginas de *Vuelta*, hablaba de la “curiosidad inagotable” del autor, y después de referirse a la “continua revelación” que es el centro de la Ciudad de México, condensaba las cualidades del ensayista, quien mezcla “los ingredientes del historiador que registra memorias con las habilidades (propias de las crónicas) de quienes diferencian testimonios” en ese arte difícil de “distinguir tiempos”, pero destacaba que “Tovar apela a una conjugación aún más difícil: lejos de la memorización insípida o del encartonamiento académico, su vocación reconcilia a la memoria con la imaginación y a ambas con la reflexión”, que aunado con su “curiosidad imaginativa”, “lo llevó no sólo a rastrear la leyenda grecolatina que sustenta la existencia de ese tipo de caballos, sino a la configuración misma de México y, en particular, del México que se llamó Nueva España”. Y es que, prosiguiendo con JFH, “Tovar revela en este estudio cómo los emblemas encerraban ideas, anhelos y sensaciones que iban más allá de lo decorativo”. Por mi parte, creo que los llamados “programas emblemáticos” eran mucho más que un esquema de demostración visual atendida a las leyes del gusto de los tiempos, sino que trascendían hacia proyectos con alientos y pretensiones sociales e históricas. Al *representar* no sólo *codificaban* elementos de la tradición culta y quizá indígena, sino que precisamente para esos grupos ilustrados *revelaban* una idea de vida, mucho más debajo de las estrellas significantes, acá en la tierra. Esos signos eran la *kábala* de otros tiempos, la *cifra* de un sueño compartido.

Los “pecados” de Tovar son que no escribe para complacer los gustos de una época, y menos aún por las urgencias de la cotidianidad: es evidente, y confeso, que su empeño mira mucho más adelante y adentro, hasta las mismas médulas de la esencia del ser nacional en un destino compartido que por caprichos del destino, del azar concurrente, se llama *México*.

Ese “Pegaso” de Palacio Nacional, en sucesivas encarnaciones, ha visto transcurrir los tiempos: desde aquellos del virreinato, hasta los presidenciales de hoy, pasando por dos imperios, invasiones extranjeras, una república restaurada, y una encrespada marea revolucionaria, siempre desafiante con

sus alas al viento, manando agua vivificadora, que seguirá despertando esa sed insaciable del saber, trazando el destino inexorable de un pueblo: *Sic itur ad astra*.

*Alejandro González Acosta**
“Villa Mercedes”
Tlalpan, 26 de abril de 2013.

* Universidad Nacional Autónoma de México.